


Del deseo al cuidado: la caricia como encuentro con el otro en *El ser y la nada**

Paula Díaz Romero

Universidad Nacional de Jujuy

pauladiazromero@gmail.com

 0000-0001-7947-5751



© de la autora

Recepción: 7/3/2025

Aceptación: 22/4/2025

Publicación: 30/10/2025

Citación recomendada: DÍAZ ROMERO, Paula (2025). «Del deseo al cuidado: la caricia como encuentro con el otro en *El ser y la nada*». *Enrahonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 75, 135-148. <<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1678>>

Resumen

En *El ser y la nada* (1943), Jean-Paul Sartre describe la caricia como parte de las ceremonias de encarnación del cuerpo del otro, en el contexto del tratamiento del deseo sexual en tanto modo de relación concreta con el prójimo. Así, por la caricia logro que el otro se encarne encarnándose a la vez, abriendo una dimensión de comunión de las *carnes* que, finalmente, permite apropiarme de su libertad a través de su facticidad. Este trabajo pretende inaugurar —sin desestimar la lógica del conflicto que opera en las relaciones intersubjetivas— un modo de relación con el prójimo que se fundaría, precisamente, en la experiencia de «comunión» entre subjetividades, un vínculo de cuidado. Así, este trabajo toma un tema poco explorado en la obra, pero lo aborda empleando conceptos que pertenecen a otro momento de pensamiento de Sartre (*Cahiers pour une moral*, 1947), para mostrar que existen, ya en *El ser y la nada*, aperturas a vínculos intersubjetivos auténticos.

Palabras clave: caricia; encuentro; carne; Sartre; cuidado

Abstract. *From desire to care: The caress as an encounter with the other in Being and Nothingness*

In *Being and Nothingness* (1943), Jean-Paul Sartre describes the caress as part of the rituals of incarnation of the body of the other, in the context of the treatment of sexual desire as a mode of concrete relationship with the other. Thus, through my caress, I bring about the incarnation of the other and the other incarnates me at the same time, opening a dimension of communion of the *flesh* that, finally, allows me to appropriate their freedom through his facticity. This work aims to establish — without dismissing the logic of conflict that operates in intersubjective relationships — a mode of relationship with the other that would be based, precisely, on the experience of “communion” between subjectivities, a bond of care. Thus,

* Este artículo se enmarca en el desarrollo de los estudios llevados a cabo en el proyecto de investigación titulado *Fenomenología del cuerpo y experiencias de gozo* (Gobierno de España, PID2021-123252NB-I00). Dedico este trabajo a la memoria de Francesc Perenya, cuya dedicación y contribuciones fueron fundamentales para el desarrollo de la fenomenología y, en particular, para nuestro grupo de investigación.

this work takes a theme that is little explored in Sartre's work, but addresses it using concepts that belong to another point in Sartre's thought (*Cahiers pour une morale*, 1947), to show that there are, already in *Being and Nothingness*, doorways to authentic intersubjective links.

Keywords: caress; encounter; flesh; Sartre; care

En *El ser y la nada* (1943), Jean-Paul Sartre describe la caricia como parte de las ceremonias de encarnación del cuerpo del otro, en el contexto del tratamiento del deseo sexual en tanto modo de relación concreta con el prójimo. Es mediante la caricia que logro que el prójimo se encarne encarnándome a la vez. Este momento que Sartre describe dentro del encuentro íntimo de dos cuerpos abre una dimensión de comunión de las *carnes* que, finalmente, permite apropiarme de su libertad a través de su facticidad. Al igual que en el caso del amor, el deseo, con su dialéctica trunca, implica una lógica de relaciones que buscan ineludiblemente captar —quizá capturar— al otro.

Ahora bien, este trabajo pretende inaugurar —sin desestimar la lógica del conflicto que opera en las relaciones intersubjetivas— un modo de relacionarse con el prójimo que se fundaría, precisamente, en la experiencia de «comunión» entre subjetividades, un vínculo de cuidado. Así, este trabajo trata un tema poco explorado en la obra, pero lo aborda empleando conceptos que pertenecen a otro momento de pensamiento de Sartre (*Cahiers pour une morale*, 1947), para mostrar que existen, ya en *El ser y la nada*, aperturas a vínculos intersubjetivos auténticos.

Se argumenta que la caricia, en tanto que modo de relación con el prójimo, introduce —al menos por unos instantes— una suspensión de las tensiones o del conflicto, características de los vínculos intersubjetivos en *El ser y la nada*. Desde esta perspectiva, la caricia puede interpretarse como un momento de tregua, una pausa en la lucha intersubjetiva, una manifestación de una experiencia auténtica del otro allí donde parecería no haber escape posible al juego de trascendencias trascendentes y trascendencias transcendidas. Si bien Sartre no desarrolla explícitamente esta posibilidad, su análisis de la intersubjetividad deja abierta la pregunta sobre otras formas de encuentro con el otro. La caricia, entendida como un gesto que no busca poseer sino revelar y sostener la alteridad, podría pensarse como un punto de inflexión entre su ontología del conflicto y las reflexiones éticas que emerge en su obra póstuma, *Cahiers pour une morale* (1947). Mientras que en *El ser y la nada* describe las relaciones humanas como un juego de objetivación mutua, en sus escritos posteriores comienza a explorar la posibilidad de una reciprocidad y de una responsabilidad hacia el otro. Desde esta perspectiva, la caricia podría inscribirse en el camino de una obra a otra, no como una lectura ingenua que propone una posible armonía con el otro en *El ser y la nada*, sino a partir de la propuesta de la caricia como un *instante* donde la facticidad del cuerpo y la libertad del otro se encuentran en una relación que no reduce al otro a mero objeto o instru-

mento, abriendo así la posibilidad de una concepción ética del encuentro. Se introduce, además, la posibilidad de pensar un vínculo que no invita, al menos en principio, a la alienación del otro, sino que pretende reconocerlo auténticamente, a saber, el cuidado.

Para realizar esta lectura, el presente trabajo propone una lectura alternativa de *El ser y la nada*, que indaga en sus páginas para comprender cómo Sartre concibe las relaciones con los otros y si existe la posibilidad de escapar del conflicto. En otras palabras, si es posible experimentar al prójimo fuera de las lógicas de conflicto. En este sentido, se sostendrá también que la descripción de la experiencia de la caricia ofrece elementos que permiten concebir un vínculo particular con el otro basado en el cuidado de su vulnerabilidad. Esta lectura se realizará desde una perspectiva hermenéutica que comprenda el proyecto sartreano como un todo, articulando los conceptos de *El ser y la nada* con los que trataba en otras obras.

I

Uno de los temas ampliamente trabajados en el campo de los estudios sartreanos es su concepción del amor como deseo. Este interés se funda en la descripción negativa del amor que ofrece el autor en *El ser y la nada* (1943): este vínculo con el *otro* nos remite a una empresa egoísta, donde el deseo de posesión termina por coartar su *libertad*. Amar invoca el frustrante movimiento del ser humano hacia el otro, que el filósofo existencialista retrata en toda su literatura y fundamenta en su filosofía. Las relaciones humanas no nos salvan ni nos protegen, nos ponen ante el peligro en el mundo compartido, de ahí que Sartre entienda las relaciones intersubjetivas bajo el modelo hegeliano de la lucha de conciencias por el reconocimiento. El amor y el deseo, en tanto relaciones concretas con los otros, son relaciones en las que se vuelve evidente esta tensión.

De modo introductorio, y solo a fin de contextualizar, haremos una breve introducción a conceptos claves de la obra de 1943. En primer lugar, el ser humano es un ser cuya existencia radica en el movimiento de la nada al ser. Este movimiento es lo que Sartre define como deseo (ontológico): el impulso a la existencia de la conciencia que busca, intensamente, justificarse. De acuerdo con la ontología sartreana, el ser humano no tiene una esencia fija, sino que es *puro proyecto*. Este puro proyectarse tiene su fundamento en un ámbito de originalidad peculiar del ser humano: la nada. La estructura ontológica de este ser se define por la escisión entre lo que es (*ser-para-sí*) y lo que busca ser (*ser-en-sí*). A partir de la prueba ontológica desarrollada en la introducción de *El ser y la nada*, Sartre encuentra dos regiones del ser bien diferenciadas, la de la conciencia y la del mundo. Podemos identificar una tensión ontológicamente constitutiva en el hecho de que la conciencia es una *décompression d'être*, es decir, una manera de ser a distancia de sí misma («lo que se es») en su estar dirigida hacia el mundo. Ella no podrá, por principio, esperar la coincidencia con el sí mismo: ella es para-sí que no es y el en-sí que quiere ser. Así pues, «La

conscience est en effet, pour Sartre, non pas un être mais une relation d'être à être» (De Coorebyter, 2005: 119). Podemos identificar este deseo de ser como el impulso a la existencia, como la característica básica de la conciencia: «esta necesidad que tiene la conciencia de existir como conciencia de otra cosa distinta de ella es lo que Husserl llama 'intencionalidad'» (Sartre, 1960a). Ahora bien, la comprensión sartreana de la intencionalidad asume, en *El ser y la nada*, la forma de un impulso de la conciencia, en tanto *nada* —negación radical de sí—, hacia el ser. Aun así, este impulso nunca puede ser resuelto, ya que, aunque la conciencia se dispone al mundo para identificarse con él, la nada que es impone una brecha insalvable; la imposibilidad de ser *en-sí*, pues si fuera así el para-sí se fijaría y dejaría de ser para-sí. Con el advenimiento del *para-sí* en el mundo, da inicio la inútil persecución del *en-sí*. Es el movimiento mismo del para-sí arrojado hacia el porvenir, hacia el mundo, hacia las cosas, hacia los otros, que busca la supresión del hiato existencial: el para-sí desea ser *en-sí*. Por esto, el deseo adviene al mundo como la falta intrínseca del para-sí. El deseo en Sartre es *désir manqué* (Barbaras, 2025). La *carencia* será un rasgo esencial del ser humano, y en su estructura ontológica, del para-sí. Esta carencia originaria empañará los proyectos de vida del ser humano. El amor y el deseo se inscriben en estos proyectos que me vinculan con otros y en los que Sartre hará operar las lógicas de intentos de justificar y salvar esa carencia.

El amor y el deseo sexual son casos de proyectos secundarios fundados en el proyecto original de la conciencia de ser *en-sí-para-sí*. Del mismo modo, las otras maneras de vincularnos con los otros también son proyectos fundados en el proyecto original, esto es, en el deseo ontológico. En el apartado «Las relaciones concretas con el prójimo», de la tercera parte de *El ser y la nada*, Sartre menciona como vínculos típicos al amor y al deseo sexual, pero también al lenguaje, al masoquismo y al sadismo, a la indiferencia y al odio, los cuales se presentan como formas básicas en las que se develan las estructuras que compartirán cualquier otro tipo de vínculo humano, participando todas ellas de un carácter fundamental. Por medio de ellas, el para-sí busca absorber, definir, aniquilar, ignorar o poseer al otro. En este contexto, el amor y el deseo se entienden como empresas frustradas. En ambos se busca poseer al otro: en el amor, poseer la libertad del otro a través de su libre elección y, en el deseo, poseer la libertad del otro a través de su encarnación. Sin embargo, el baile de seducción de la conciencia parece siempre estéril: cuando creo poseerlo, se me escapa, porque el *otro es libertad*. Esta intención frustrada guarda estrecha relación con el modo en que el autor fundamenta su teoría ontológica: el *para-sí* no es, sino que *se hace* en su relación con el mundo y en los proyectos que funda para conseguir satisfacer su deseo de ser *en-sí-para-sí*. Eric Pommier señala:

La relación con el otro es, por tanto, esencialmente una relación carnal, impulsada por la inquieta necesidad del para-sí de justificar su existencia como necesaria. Sobre esta base Sartre identifica dos comportamientos eróticos fundamentales que estructuran nuestra relación con los otros: la asimilación o la cosificación como medios para apropiarse de la libertad del otro. (Pommier, 2025: 124)

La ontología sartreana pone en evidencia la tensión de las relaciones entre conciencias que se da en el encuentro con el otro, relevando la vulnerabilidad constitutiva del ser humano. La vulnerabilidad surge en el encuentro con el otro a través de la mirada, la cual nos revela como seres expuestos y dependientes de la percepción ajena. Ser vulnerable implica reconocerse como un cuerpo que puede ser visto, afectado y objetivado, lo que genera una tensión entre la libertad del *para-sí* y la facticidad del *en-sí*. La mirada no se reduce a una condición meramente física, no son los ojos los que me ven, sino que configura una dimensión existencial a partir de la cual puedo reconocer al otro como objeto ante mi mirada, o como mirada objetivadora: al ser mirado, dejo de ser un sujeto absoluto y me descubro como objeto en el mundo del otro. En este fondo de tensión, conflicto y vulnerabilidad, brota un *medio* de reconocimiento del otro particular: la caricia. Dicha experiencia aparece descrita como parte de las ceremonias de encarnación del otro que empleamos para poseerlo, en el apartado que describe el deseo sexual. Con la caricia, la vulnerabilidad se revela de un modo patente, como una forma *sui generis* de vínculo con el otro que permite suspender las tensiones inherentes a la intersubjetividad sartreana.

En lo que sigue, se expondrá el contexto y el modo en el que Sartre describe la experiencia del acariciar. Este tipo de experiencia podría ser un indicio de un modo de vínculo que no caiga en las tensiones típicas de apropiación, negación, definición, etc. del otro. Si bien es el propio Sartre el que afirma de diversas maneras que «el infierno son los otros» (Sartre, 1960b), hay una lectura de su pensamiento anquilosada entre críticos y adeptos, cuyo mejor exponente podría resultar Merleau-Ponty, quien, en *Las aventuras de la dialéctica*, al afirmar que en Sartre no hay posibilidad de solidaridad, «en Sartre hay una pluralidad de sujetos, pero no hay intersubjetividad» (Merleau-Ponty, 1974: 233). Precisamente, la apuesta de este escrito es derribar esta lectura del pensamiento sartreano o, al menos, iniciar un camino de interpretación que permita sostener que los vínculos intersubjetivos, si bien marcados por el conflicto, son posibles como *proyecto que afirma al otro*. Para ello, se invita al lector a explorar la experiencia de la caricia como medio de reconocimiento del otro que abre paso al cuidado, como modo de reconocimiento de la vulnerabilidad del otro y de la afirmación de su fragilidad, a la vez que implica un autorreconocimiento de la propia vulnerabilidad.

II

Como se ha indicado anteriormente, la caricia, en tanto modo de relación con el otro, es una apertura que me revela al otro en una perspectiva particular: la vulnerabilidad. Si volvemos hacia atrás en el análisis sartreano y consideramos las primeras descripciones del aparecer del otro, podemos notar que, ante la mirada objetivante, se revela algo más que mi propia objetidad. Dice Sartre:

La mirada que ponen de manifiesto los ojos, de cualquier naturaleza que sean, es pura remisión a mí mismo. Lo que capto inmediatamente cuando oigo

crujir las ramas tras de mí no es que hay alguien, sino que soy vulnerable, que tengo un cuerpo capaz de ser herido, que ocupo un lugar y que no puedo en ningún caso evadirme del espacio en el que estoy sin defensa; en suma, que soy visto. (Sartre, 1996: 287)

Es la vulnerabilidad del otro la que se pone en juego con la mirada. En la segunda parte de *El ser y la nada*, Sartre analiza fenomenológicamente la experiencia del cuerpo a partir de la distinción ontológica de sus tres dimensiones. Estas son: el cuerpo tal como es para-sí, el cuerpo como es para-otro y mi cuerpo como objeto para otro sujeto. Estas tres dimensiones son irreducibles entre sí, lo cual se deriva de la ontología sartreana, y constituyen la dimensión fáctica de la existencia como condición ontológica de la conciencia. Sartre sostiene que:

La conciencia no cesa de «tener» un cuerpo. La afectividad cenestésica es, entonces, pura captación no-posicional de una contingencia sin color, pura aprehensión de sí como existencia de hecho. Esta captación perpetua de mi para-sí de un sabor insípido y sin distancia que me acompaña hasta en mis esfuerzos por liberarme de él, y que es *mi* sabor, es lo que hemos descrito en otro lugar con el nombre de *Náusea*. Una náusea discreta e insuperable revela perpetuamente mi cuerpo a mi conciencia: puede ser que busquemos lo agradable o el dolor físico para liberarnos de la náusea, pero, desde el momento en que el dolor o el agrado son existidos por la conciencia, ponen de manifiesto a su vez su facticidad y su contingencia, y se devela sobre el fondo de náusea. (Sartre, 1996: 365)

Así, la experiencia de la caricia que surge del encuentro sexual se inscribe dentro del deseo que busca el placer, y también abre un lugar a la experiencia de la nauseabunda o de, como dirá Sartre, envasamiento, y podemos reconocerla dentro de la tercera dimensión antes mencionada.

Cuando Sartre analiza el deseo sexual como una de las «Segundas actitudes concretas hacia el prójimo», capítulo que sigue al del cuerpo, la caricia inaugura un modo de aparecer del otro que no está mediado por la mirada, sino por el tocar, pero que revela igualmente la vulnerabilidad en el mismo acto de acariciar¹. La caricia se sitúa en el marco de la dialéctica del deseo y la intersubje-

1. Si pensamos en la caricia, nos remitimos de inmediato al texto de José Gaos, en el que desarrolla de modo sistemático una fenomenología de la caricia que dista en puntos esenciales de la descripción sartreana del fenómeno. Para Gaos, la caricia es una forma de expresión esencialmente humana, que no se limita al contacto físico con otro cuerpo, sino que implica una serie de rasgos esenciales propios que la distingue de otro tipo de contacto físico: acariciar implicará un movimiento de suavidad de la mano sobre el objeto acariciado, y requiere a su vez delicadeza. En este sentido, Gaos describe a la caricia como «una sensación táctil interna del sujeto que acaricia, y mediante el acariciar experimenta el sujeto sensación táctil externa del objeto acariciado» (Gaos, 2010: 54). Gaos nos invita a realizar una distinción entre la caricia y las «falsas caricias» que buscan manipular o satisfacer un deseo egoísta. Acariciar es, por el contrario, un gesto desinteresado, afectivo, con el otro, que trasciende el mero roce hacia un acto de amor del otro que requiere suavidad en el movimiento, brevedad o fugacidad, tibieza y lentitud. De este modo, podemos ver que, en

tividad, destacando su ambigüedad: no es solo un gesto afectivo, sino también un movimiento que hace «nacer» la carne del otro, una experiencia que oscila entre el reconocimiento y la posibilidad de objetivación. El marco en el que surge esta descripción es el del deseo sexual. Al igual que el amor, el lenguaje y el masoquismo, el deseo sexual tiene como fin apropiarse de la libertad del otro, en este caso, a través de su carne. De ahí que los juegos de seducción sean, en el deseo sexual, ceremonias que desnudan al otro en su carnalidad: *el deseo no solo busca desnudar el cuerpo del otro de sus ropas, sino también de sus movimientos, de todas esas mediaciones que lo separan de su pura presencia*. En última instancia, es un intento de hacer que el cuerpo ajeno se encarne plenamente, de reducirlo a su dimensión más esencial: la carne.

El deseo sexual es deseo de un cuerpo por otro cuerpo: «apetito vivido como vértigo del para-sí ante su propio cuerpo; el ser que desea es la conciencia haciéndose cuerpo» (Sartre, 1996: 413). Es una experiencia en la que la conciencia intenta encarnarse para apropiarse del cuerpo del otro, concebido como una totalidad orgánica en situación. Esta caracterización lleva a Sartre a preguntarse: ¿por qué la conciencia busca hacerse cuerpo? ¿Qué espera del objeto de su deseo? La respuesta, nos dirá, radica en que, «en el acto de desear, mi propia existencia se convierte en carne ante la presencia del otro con la intención de poseerlo» (Sartre, 1996: 415). Ahora bien, esta posesión no se reduce simplemente al contacto físico, ni a atraer el cuerpo del otro hacia mí. Más bien, el deseo requiere que esta apropiación se realice a través de mi propio cuerpo, entendido como el lugar en el que la conciencia se adhiere y se ancla en la facticidad. Al tocar al otro no solo utilizo mi cuerpo como un medio, sino que descubro en el contacto mi propia corporeidad, mi ser como carne. El deseo, entonces, no es solo un intento de poseer el cuerpo del otro, sino de hacerlo existir para mí como carne. No obstante, el cuerpo ajeno no se nos presenta de inmediato como pura materialidad aislada, sino como una forma sintética en constante relación con el mundo.

La lógica del acariciar se da en todo desear revelador de la facticidad vivida del otro, «[...] acariciar con los ojos y desear son una y la misma cosa: *el deseo se expresa por la caricia como el pensamiento por el lenguaje*» (Sartre, 1996: 414). La caricia es un medio para que el deseo capte sexualmente al otro, y para ello mi cuerpo aparece en escena, en tanto condición de mi existencia, como carne, pura facticidad, para poder acercarme a la carnalidad ajena. Según el filósofo francés:

[...] por eso los gestos amorosos tienen una languidez que casi podría decirse estudiada: no se trata tanto de *tomar* una parte del cuerpo del otro como de

la perspectiva de Gaos, la caricia no es un mero contacto físico, sino una experiencia táctil que involucra tanto al sujeto que acaricia como al objeto acariciado, una dimensión en doble sentido. Como veremos, Sartre parte desde un punto de vista que (1) no privilegia a la mano para describir la caricia, (2) comprende la caricia dentro de las relaciones intersubjetivas y (3) entiende la caricia como un momento del deseo sexual que no siempre busca reconocer al otro. Estos tres puntos distancian a ambos autores.

llevar el cuerpo propio contra el cuerpo del otro; no tanto apretar o tocar, en sentido activo, como de *poner contra*. Parece que *llevo* mi propio brazo como un objeto inanimado y lo *pongo* contra el seno de la mujer deseada; que mis dedos, que *paseo* por su brazo, sean inertes en el extremo de mi mano. Así, la revelación de la carne ajena se hace por mi propia carne; en el deseo y en la caricia que los expresa me encarno para realizar la encarnación ajena; y la caricia, al *realizar* la encarnación del Otro, me descubre mi propia encarnación, es decir, que me hago carne para inducir al Otro a realizar el *para-sí* y *para-mí* su propia carne, y sus caricias hacen nacer para mí mi carne en tanto que es para otro *carne que lo hace nacer a la carne*: le hago gustar mi carne por la suya para obligarle a sentirse carne. (Sartre, 1996: 415)

A pesar de que nos encontramos ante una experiencia enmarcada en el deseo sexual, e incluso sabiendo que el autor afirma que la caricia revela «verdaderamente la posesión como doble encarnación recíproca» (Sartre, 1996: 415), proponemos una interpretación centrada en este último aspecto (la *doble encarnación recíproca*), y no en la tensión de la lógica de apropiación. Cuando Sartre afirma que en la caricia se revela a la vez la carne del otro y la propia, parece insinuarse la posibilidad de un instante en el que la tensión entre las conciencias se suspende o, al menos, podemos concebir que se *distiende*.

Hasta aquí hemos realizado una reconstrucción de la caricia. En lo que sigue propondremos una tesis que implica avanzar desde la letra de Sartre, más allá de las implicancias de la ontología de *El ser y la nada*, hacia una posibilidad propia de las relaciones humanas: el reconocimiento auténtico del otro, su afirmación y su cuidado. Como hemos mencionado, en el deseo se busca poseer la carne del otro, sin embargo, como dice el autor, el placer es el fin del deseo, y el deseo es el fin del placer. Esta dialéctica inagotable nos permite preguntarnos por otras finalidades del deseo que busquen reconocer al otro no como objeto en mi horizonte de significados, sino como sujeto encarnado en el horizonte intersubjetivo que habilita el cuidar.

En la caricia, mi percepción de la carne del prójimo puede devenir afirmación del otro, por lo que no se trata simplemente de poseer, sino de un acto en el que el otro *se encarna en mí a la vez que yo me encarno en él*. Una reinterpretación de la descripción fenomenológica de la caricia puede iniciarse con las palabras del autor:

Un contacto no es caricia. Es decir, que mi percepción no es una utilización del objeto ni un trascender el presente con vistas a un fin, sino que, en la actitud deseante, percibir un objeto es acariciarme en él. Así, soy sensible, más que a la forma del objeto y a su instrumentalidad, a su materia (granujienta, lisa, tibia, grasosa, áspera, etc.) y descubro en mi percepción deseante algo así como una carne de los objetos. (Sartre, 1996: 417)

La carne de los objetos, este es el concepto clave para abordar la reciprocidad. En el capítulo titulado «El cuerpo», Sartre señala que la tercera dimensión del cuerpo da lugar a una experiencia del otro como objeto, ya que lo capto a través de mi mirada como un ente más en el mundo que trasciendo y afirmo

como objeto o que afirmo como un sujeto que me trasciende y me objetiva. Sin embargo, la mirada no es la única manera de experimentar al otro, aunque sea considerada la fundamental del encuentro con el otro. La experiencia de la carne será una experiencia *sui generis*, la cual me revela al otro en su existencia. Ya no miro al otro, lo siento, me fundo en él, lo experimento como facticidad, como pura contingencia, experimentándome como pura contingencia a la vez. La *carne* del otro se experimenta *nauseabundantemente*, como un empasamiento de la conciencia en su facticidad. En el caso del deseo sexual, no es solo esto, sino también la adherencia del cuerpo al mundo: «el mundo se hace viscoso; la conciencia se hunde en un cuerpo que se hunde en el mundo» (Sartre, 1996: 416).

III

La caricia se presenta como una experiencia que, en su misma manifestación, pone en suspenso la lógica del conflicto y la objetivación, abriendo la posibilidad de realizar un encuentro con el otro². No se trata de una anulación de la dialéctica sartreana, sino de un breve interludio en el que la facticidad y la trascendencia pueden ser asumidas sin una pretensión de posesión. En la caricia, el otro no se reduce a un mero objeto, sino que se ofrece como *carne*, como presencia vulnerable que, al ser reconocida, me devuelve mi propia encarnación y, por tanto, mi propia vulnerabilidad. Es precisamente en este punto que instalamos la posibilidad de llevar a cabo una lectura que tematice el gesto de la caricia como apertura hacia una forma de relación que trasciende el mero deseo de apropiación.

En este sentido, la tesis de este trabajo afirma que la caricia, al desvelar la facticidad del cuerpo del otro, puede trascender el mero encuentro sexual como experiencia de placer físico y abre, aunque de manera implícita, una dimensión mágica. Sartre señala que en la emoción se opera «una modificación total del ser-en-el-mundo según las leyes muy particulares de la magia» (Sartre, 1971: 131). En el caso de la caricia, observamos una configuración afectiva similar, que puede modificar mis relaciones con el otro y resignificar mi ser-en-el-mundo a través de la *comunidad* del encuentro. Como vimos, la *carne* del otro me cautiva y yo lo cautivo a la vez por mi carnalidad. La ceremonia de encarnación me abre al otro mediante la cautivante manifestación de su *carne*. Sartre nos dice:

En ese momento, se realiza la comunidad del deseo: cada conciencia, al encarnarse, ha realizado la encarnación de la otra; cada turbación ha hecho nacer la turbación del otro y se ha incrementado en la misma medida. En cada caricia,

2. Aquí se abandonan las lecturas más tradicionales del pensamiento de Sartre, como la que propone Eric Pommier en el artículo «El goce del cuerpo en *El ser y la Nada*, de Jean-Paul Sartre, y en *El fenómeno erótico*, de Jean-Luc Marion», quien subraya que, incluso en el goce carnal, la estructura del deseo en Sartre permanece marcada por la imposibilidad de reciprocidad. Cfr. Pommier (2025).

siento mi propia carne y la del otro a través de la mía, y tengo conciencia de que esa carne que siento y de la que apropio por mi carne es carne-sentida-por-el-otro. (Sartre, 1996: 420)

Ahora bien, cuando el acariciar pone al descubierto la vulnerabilidad del otro, se abre una nueva posibilidad. Aunque esta posibilidad no puede concebirse dentro de la ontología de *El ser y la nada*, vamos a hacer el ejercicio filosófico de reflexionar sobre los límites y la posibilidad de las relaciones con los otros a partir de las propias palabras del autor. Este mutuo hechizo, este momento mágico de contacto con el otro, no se «resuelve» por la posesión carnal del otro, sino que me devuelve al otro en términos de su vulnerabilidad, implicando una responsabilidad que puede fundar un nuevo tipo de *relación concreta con los otros: el cuidado*.

La *carne* del otro puede arrojar me hacia la necesidad de protección de la vulnerabilidad. Cuando el deseo sexual pierde algidez, cuando ya no es «la dilatación de las carnes la una contra la otra y la una por la otra [como] el verdadero objetivo del deseo» (Sartre, 1996: 420), el acariciar puede verse motivado por la apertura al otro, por un reconocimiento de la *carne* del otro como la manifestación de su vulnerabilidad. Desde esta perspectiva, sostenemos que se da un tránsito del deseo al cuidado como una posibilidad que emerge de la propia experiencia de la caricia. Si el deseo sexual busca despojar al cuerpo del otro de su libertad y convertirlo en pura *carne*, el cuidado lleva esta revelación un paso más allá: reconoce la vulnerabilidad del otro no como un objeto a poseer, sino como una existencia que exige ser acompañada sin ser reducida. Así, la caricia abre la puerta a un vínculo en el que la alteridad del otro es sostenida en su irreductibilidad, permitiendo vislumbrar un horizonte ético en el que el encuentro con el otro no es solo un espacio de conflicto, sino también de reconocimiento y compromiso. Tal como afirma Sartre en los *Cahiers*: «Cette vulnérabilité, cette finitude, c'est le corps. Le corps pour autrui. Dévoiler l'autre dans son être-au-milieu-du-monde, c'est l'aimer dans son corps» (Sartre, 1983: 517).

Así, el otro se presenta como alguien que *debe ser* acariciado: su facticidad y carnalidad *me* interpelan. La caricia *me* obliga a percibirlo afectivamente como una trascendencia que oscila entre reciprocidad y pasividad, asumida tanto por el otro como por mí. Lo hemos señalado, esta apertura al otro posibilitada por la caricia nos permite vislumbrar un momento de tregua, aunque fuera efímero. La caricia aparece como un modo particular de relacionarse con el otro dentro de la dialéctica del deseo. Esta situación enfatiza el papel de la intersubjetividad en *El ser y la nada*, refutando la idea merleau-pontyana de que en Sartre solo hay una pluralidad de sujetos y no una intersubjetividad. Sartre no comienza con el cuerpo viéndose o tocándose a sí mismo, sino con el cuerpo visto o tocado por el otro. Hay una coconstitución entre mi cuerpo y el cuerpo del otro. En este sentido, el deseo no es meramente una inclinación fisiológica, sino una manifestación de la conciencia en su relación con el mundo y con la alteridad.

A partir de esta lectura, la caricia puede entenderse como un acto que pretende experimentar la subjetividad del otro a través de su carne, sin que ello implique necesariamente una posesión del otro. La caricia abre una rendija que se inscribe en el corazón de la ontología sartreana y que implicará un cambio radical: una *conversión* motivada por la *comunidad de conciencias*. Esta conversión implica una elección, por lo cual puede sostenerse como reconocimiento de la vulnerabilidad o puede recaer en las tensiones propias de la perspectiva del conflicto. No se trataría de una suspensión definitiva del conflicto, ya que la relación con el otro nunca está libre de tensiones, sino de un instante en el que la subjetividad no busca imponerse sobre el otro, sino acoger su presencia. En este sentido, la caricia podría inaugurar una dimensión intersubjetiva que vaya más allá de la cofradía psicológica propuesta en el apartado «El nosotros sujeto» —y que da lugar a la crítica merleau-pontyana que tratamos anteriormente—. Un gesto de cuidado como el acariciar o el ser acariciado, incluso en el acto sexual, es una forma de atención hacia la existencia del otro en su fragilidad y libertad, además de un reconocimiento de su vulnerabilidad.

En los *Cahiers*, Sartre comienza a desarrollar una reflexión más amplia sobre la responsabilidad y la reciprocidad en las relaciones humanas. Tal como el título indica, Sartre busca desarrollar una reflexión de carácter moral (aunque la abandone sin publicar), y logra esbozar una ética en la que la relación con el otro no esté condenada a la instrumentalización. Aquí se entrelaza nuestra lectura de la caricia en *El ser y la nada* y de la obra trunca, aunque potente, de 1947. El cuidado, como vínculo ético, se despliega plenamente en un encuentro auténtico con el otro. Para Sartre, la autenticidad implica asumir la tensión entre facticidad y trascendencia, tanto en uno mismo como en el otro. En el cuidado, esto significa reconocer la fragilidad del otro como condición de su libertad y disponerse a proteger su vulnerabilidad sin anularla. La caricia, al hacer visible la carne del otro, sienta las bases para este encuentro auténtico. No se trata de poseer ni de negar al otro, sino de sostenerlo en su ser, afirmándolo como un ser-en-el-mundo que es simultáneamente facticidad y trascendencia. En los términos en los que lo hemos mencionado, el cuidado se presenta como una empresa que no persigue una mera afirmación de sí mismo, sino una afirmación del otro.

En la medida en que el gesto de acariciar también puede estar motivado por el deseo de recibir una respuesta del otro, la distinción entre un cuidado genuino o auténtico y una forma sutil de apropiación se vuelve difusa. Esto nos lleva a considerar que, más que una superación definitiva del conflicto, la caricia podría ser comprendida como una experiencia que puede oscilar entre el deseo de poseer y el deseo de cuidar, entre la intención de atrapar al otro y la posibilidad de permitirle ser en su diferencia. En los *Cahiers*, leemos:

Dans l'Enfer des passions (décrit in E.N.) cette révélation de l'autre est conçue comme pur dépassement. Et l'autre en effet saisi comme transcendance transcendée, comme corps fragile dans l'univers est aussitôt désarmé : je dépasse ses fins par les miennes, donc elles ne sont plus que des données, je transforme

sa liberté en qualité donnée, je peux lui faire violence. Nous verrons plus loin comment tout ceci peut se transformer par la conversion. (Sartre, 1983: 515)

La conversión es definida como

[...] el abandono mediante la reflexión pura o no cómplice de una existencia inauténtica signada por la dialéctica de la seriedad y la mala fe. Este cambio sucede por una tematización de la elección original que es la persona en su calidad de subjetividad absoluta y libertad comprometida en el mundo. En última instancia conduce, no a un conocimiento de sí mismo, sino a la asunción voluntaria del proyecto que se es en el modo de ser. (Savignano, 2022: 239)

Así, la lógica del deseo sexual, que caracteriza a toda forma de afectividad humana, ya que emerge de la estructura del ser-para-otro, puede ser comprendida a la luz de los conceptos éticos de conversión y autenticidad como un vínculo posible, no solo en el deseo sexual, sino que se extiende a todo vínculo afectivo entre para-sies. Consideramos que esta ambivalencia de la caricia no es una debilidad de la propuesta, sino una muestra de la complejidad de la experiencia intersubjetiva. Ahora bien, no puede evadirse una pregunta elemental: ¿es el cuidado una forma de vínculo intersubjetivo exento de la intención de apropiación de una conciencia sobre otra? ¿No existen, acaso, vínculos de poder que se establecen bajo la retórica del cuidado? ¿No será el cuidado otro modo de enmascarar la *pasión inútil* que es el ser humano, al igual que en el amor disfrazado de «alegría de amar» nos hace creer que aceptamos la libertad del otro? Tal vez, estas preguntas queden abiertas o se respondan negativamente a la luz de *El ser y la nada*, y positivamente a la luz de los *Cahiers pour une moral*. Lo que nos interesó en este trabajo fue tensionar la lectura convencional de la obra de 1943, para poder ir, junto a Sartre, más allá de Sartre.

IV

La fenomenología de la caricia esbozada por Sartre en *El ser y la nada* ofrece una base para comprender el cuidado como una forma de relación ética. En la caricia, el cuerpo del otro se revela como carne, como una presencia contingente y frágil, pero también como un sujeto que trasciende su facticidad. Este desvelamiento no constituye una posesión, sino una apertura al reconocimiento de la alteridad del otro. Aunque el filósofo insista en la inevitabilidad del conflicto en las relaciones humanas, la caricia y el cuidado muestran que es posible, al menos en ciertos momentos, superar esta lucha y establecer un vínculo auténtico basado en el respeto y el reconocimiento mutuo.

Desde esta perspectiva, el cuidado se presenta como un vínculo que no persigue la mera afirmación del yo, sino la afirmación del otro. Así como la caricia en el deseo sexual parece romper la tensión entre el yo y el otro permitiendo una reconciliación momentánea, el cuidado también puede generar un encuentro auténtico. Sin embargo, no toda forma de cuidado es auténtica; muchas relaciones de cuidado pueden encubrir dinámicas de

poder o reconocimiento que terminan objetivando al otro. Esta es la razón por la cual la investigación se abre hacia una descripción fenomenológica de la caricia que nos permita distinguir, al menos por ahora, dos tipos de caricia: aquella que busca poseer al otro, motivado por el deseo sexual, y aquella que me abre al otro desde un deseo de afirmación del otro.

Referencias bibliográficas

- ABDELLAOUI, Amor (2014). *Jean-Paul Sartre: Altérité et corporéité*. Saarbrücken: Éditions universitaires européennes.
- BARBARAS, Renaud (2005). «Désir et manque dans L'Être et le Néant: Le désir manqué». En: BARBARAS, R. (comp.). *Sartre: Desir et liberté*. París: PUF.
- BEAUVOIR, Simone de (1956). «Merleau-Ponty et le pseudo-sartrisme». *Les Temps Modernes*, 123, 1992-2021.
- CABESTAN, Philippe y TOMES, Arnaud (2001). *Le vocabulaire de Sartre*. París: Ellipses.
- DE COOREBYTER, Vincent (2005). «Les paradoxes du désir dans L'Être et le Néant». En: BARBARAS, R. (comp.). *Sartre: Desir et liberté*. París: PUF.
- GAOS, José (2010). «La caricia». En: SERRANO DE HARO, A. *Cuerpo vivido*. Madrid: Encuentro, 53-85.
- JEANSON, Francis (1968). *El problema de la moral y el pensamiento de Sartre*. Traducido por Alfredo Llanos. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (1974). *Las aventuras de la dialéctica*. Traducido por León Rozitchner. Buenos Aires: La Pléyade.
- POMMIER, Eric (2025). «El goce del cuerpo en *El ser y la Nada*, de Jean-Paul Sartre, y en *El fenómeno erótico*, de Jean-Luc Marion». *Enrahonar. An International Journal of Theoretical and Practical Reason*, 75, 119-133. <<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1565>>
- SARTRE, Jean-Paul (1960a). «Una idea fundamental de la fenomenología de Husserl: la Intencionalidad». En: *El hombre y las cosas* (Situaciones I). Traducido por L. Echavarrí. Buenos Aires: Losada, 26-28.
- (1960b). *A puerta cerrada*. Traducido por A. Bernárdez. Buenos Aires: Losada.
- (1971). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Traducido por Mónica Acheroff. Madrid: Alianza.
- (1983). *Cahiers pour une moral*. París: Gallimard.
- (1996). *El Ser y la nada*. Traducido por Juan Valmar. Barcelona: Altaya.
- SAVIGNANO, Alan (2022). *El problema de los otros en Jean-Paul Sartre: Magia, conflicto y generosidad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sb Editorial.

Paula Díaz Romero es doctora en Filosofía y profesora en la Universidad Nacional de Jujuy y en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Sus líneas de investigación son la fenomenología del dolor y de la enfermedad, la teoría del cuidado y la ontología fenomenológica de Jean-Paul Sartre. Es miembro del proyecto *Fenomenología del cuerpo y experiencias de gozo* (PID2021-123252NB-I00), CSIC-Ministerio de Economía y Competitividad, España, dirigido por el doctor Agustín Serrano de Haro, y de los proyectos *Discusiones fenomenológicas contemporáneas sobre cognición, afectividad y acción*, Proyecto Consolidar, SECyT, dirigido por Ariela Battán Horenstein UNC-Argentina, y el Proyecto «Herramientas fenomenológico-hermenéuticas para el estudio de la enfermedad. La experiencia de sí en clave vivencial» (PICT 2020), dirigido por Leticia Basso Monteverde, UNdMP. Ha publicado diversos artículos sobre fenomenología del dolor y enfermedad en revistas especializadas internacionales.

Paula Díaz Romero has a PhD in Philosophy and is a professor at the National University of Jujuy and the National University of Córdoba, Argentina. Her research focuses on the phenomenology of pain and illness, care theory, and the phenomenological ontology of Jean-Paul Sartre. She is a member of the research project *Fenomenología del cuerpo y experiencias de gozo* (PID2021-123252NB-I00), led by Dr Agustín Serrano de Haro. She also contributes to the projects *Contemporary Phenomenological Discussions on Cognition, Affectivity, and Action* (Proyecto Consolidar, SECyT), directed by Ariela Battán Horenstein (National University of Córdoba, Argentina), and *Phenomenological-Hermeneutic Tools for the Study of Illness: The Lived Experience of the Self* (PICT 2020), directed by Leticia Basso Monteverde (National University of Mar del Plata, Argentina). She has published several articles on the phenomenology of pain and illness in international peer reviewed journals.
